Wc: 3707

Los Lazos entre América Latina y el Medio Oriente en el Nuevo Sur Global

Autores: Omar Dahi es Profesor Asociado de Economía en Hampshire College. Alejandro Velasco es Profesor Asociado de América Latina Moderna en la Universidad de Nueva York y editor ejecutivo de NACLA.

En los últimos años, afiches de grises guerreros de terracota han llamado la atención de viajeros en aeropuertos internacionales. En las paredes de los pasillos, los afiches son la publicidad del banco londinense HSBC y figuran fotografías con textos, irónicamente, se inician con la frase “En el futuro”. La campaña fue diseñada para reflejar a HSBC como la vanguardia de la banca y el comercio mundial. En uno de los afiches, todo en la imagen es similar a las famosas estatuas de los guerreros de terracota, excepto por un detalle: en vez de botas, el guerrero lleva sandalias de colores chillones verde y amarillo. Sobre la fotografía, este texto: “En el futuro, el comercio Sur-Sur será la norma, no la novedad”. Bajo la fotografía, cuatro oraciones que elaboran la idea: “El comercio directo entre naciones de rápido crecimiento está reconfigurando la economía mundial. HSBC es uno de los bancos líderes en el comercio entre China y América Latina. Un mundo nuevo está emergiendo. Se parte de ese mundo.” Puede que no haya sido la intención de su creador, pero el afiche captura una característica cada vez más importante de las relaciones Sur- Sur. En las relaciones comerciales entre China y América Latina, se sugiere en la imagen, los chinos aportan al poderoso guerrero, y los latinoamericanos hacen las sandalias.

Muchos de los ensayos incluidos en esta histórica colaboración entre el Congreso Norteamericano sobre América Latina (NACLA por sus siglas en inglés) y el Proyecto de Investigación e Información del Medio Oriente (MERIP en inglés), examinan la cambiante naturaleza de las relaciones entre América Latina y el Medio Oriente con respecto a las también cambiantes relaciones políticas y económicas Norte-Sur. Pero también es notable cómo han cambiado las relaciones Sur-Sur mismas. En la década de 1950, intelectuales de América Latina y del Medio Oriente, incluyendo a estructuralistas y *dependentistas* como el Argentino Raúl Prebisch y el egipcio Samir Amin, formulaban sus defensas de las relaciones Sur-Sur como respuestas al desigual desarrollo Norte-Sur. Ellos y otros retaban a la economía política establecida, la cual mantenía que el libre comercio beneficiaba tanto a los países ricos como a los pobres. En cambio, demostraban estos autores, los intercambios globales son fundamentalmente desiguales y el libre comercio beneficia al Norte global industrializado en detrimento de un Sur global en su mayor parte agrario. Hoy, muchos estudiosos de ambas regiones están haciendo sonar las alarmas en torno a las relaciones Sur-Sur. Tal como sugiere la imagen del poderoso guerrero chino, a pesar de las posibilidades de fuentes alternativas de financiamiento e intercambio tecnológico y de comercio, persiste el riesgo de un desarrollo desigual y de una desindustrialización entre naciones del Sur.

El Auge y Caída del Tercermundismo

Los crecientes lazos económicos y el desarrollo industrial entre y a lo interno de las naciones del Sur global eran las piedras angulares del movimiento del Tercer Mundo lanzado en la Conferencia de Bandung en 1955. La conferencia marcó la primera vez en la historia moderna en que representantes de naciones liberadas de África y Asia se reunían para deliberar sobre asuntos globales y trazar el camino de la solidaridad colectiva. Bandung no solo se ocupó asuntos del Sur global. Las naciones participantes llamaban al desarme y a la coexistencia pacífica e insistían en que el Sur global tenía un imperativo moral para conformar los asuntos globales, particularmente para contrarrestar lo que veían como la irresponsabilidad nuclear de las dos “Grandes Potencias”, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Dos décadas más tarde, el 1 de mayo de 1974, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Resolución 3202 que pedía un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Se trataba de una iniciativa del G-77, el legendario bloque de votación del Sur de la Asamblea General. Era la cúspide del movimiento del Tercer Mundo, ofreciendo quizás el más ambiciosos llamado para la reestructuración de la economía global jamás adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas. La resolución ofrecía una crítica al neocolonialismo, al apartheid y a la dominación por el Norte Global, así como demandas significativas sobre la industrialización, transferencia de tecnologías y finanzas globales. La resolución de NOEI incluía una sección especial abogando por un código de conducta para las corporaciones internacionales, con el objetivo de prevenir la “interferencia en los asuntos internos de los países en los que operan y su colaboración con regímenes racistas y administraciones coloniales”. Adicionalmente, apoyaba las metas de facilitar transferencias tecnológicas, desarrollos de habilidades locales y la regulación de la repatriación de ganancias.

 En América Latina, el NOEI constituyó más que un programa de innovación política y económica; cada vez más, se convirtió en un asunto de vida o muerte. Para 1972 solo cinco naciones del hemisferio occidental se habían incorporado al Movimiento de los No Alineados del que había surgido la propuesta de NOEI. Pero estas naciones, Cuba, Jamaica, Perú y Trinidad y Tobago, habían llegado al Movimiento de los No Alineados y al NOEI en medio de transformaciones socialistas en su seno, de cambios revolucionarios a reformas graduales. Como tales estos países, al igual que el resto de la región, se convirtieron en la vanguardia de la mal llamada Guerra Fría que vio a país tras país del Sur Global caer en dictaduras brutales o en conflictos armados. Los esfuerzos por promover derechos sociales y económicos habían despertado una intensa oposición doméstica y especialmente en los Estados Unidos, que veían en cada esfuerzo para lograr alternativas al capitalismo, sin importar lo tímida, una incursión comunista que debía ser aplastada violentamente. El sangriento derrocamiento, auspiciado por los Estados Unidos, del socialista Salvador Allende en Chile en 1973, seguido de aún más brutales intervenciones encubiertas o abiertas en las Américas y el Caribe en las siguientes dos décadas, tenían sobre todo el objetivo de evitar cualquier intento de reforma económica que se saliera de la línea trazada por los Estados Unidos de control económico en la región.

De modo que el imperativo de Ernesto “Che” Guevara de crear “una, dos, tres, muchos Vietnam” fue replicado en la práctica por una política concertada de ayuda militar, financiera, médica y de otros tipo en las décadas de 1960 y 1970 del gobierno revolucionario de Cuba a movimientos anticoloniales en África, del Congo a Angola al Congreso Nacional Africano, entre otros. Guevara buscaba proyectar una visión y un proyecto de unidad y cooperación Sur-Sur que fusionase la independencia política con la económica siguiendo líneas socialistas. A su vez, el alcance global de Cuba se nutría de más de un siglo de intentos latinoamericanos, desde las luchas de independencia de América Latina, por generar una integración regional independiente de unos Estados Unidos crecientemente imperialista. La mayoría de esos esfuerzos fracasaron, de la Gran Colombia de Simón Bolívar en 1830 a la fallida expedición a Bolivia de Guevara en 1967, la cual buscaba encender la revolución continental en Sur América. Sin embargo, cada fracaso dio pie a nuevos intentos de cooperación Sur-Sur. De una generación a la siguiente de latinoamericanos por largo tiempo apartados de proyectos de justicia social, bienestar y desarrollo, se heredó un sentido de urgencia. Es más, a medida que los sectores rurales se trasladaban a las ciudades del continente, desataron una explosión urbana que transformó la región y abrió nuevas oportunidades de reforma y revolución.

Esto cambios no se limitaban a América Latina e incluían a la mayor parte del Sur global en la década de 1970, proclamando nuevos esfuerzos de cooperación Sur-Sur más enfocados al desarrollo económico y más allá de la revolución armada. En 1960, la nueva democracia liberal en Venezuela, aunque completamente alineada con los Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, quería usar su riqueza petrolera de manera más autónoma de los intereses norteamericanos y británicos que dominaban a la industria petrolera desde su fundación en la década de 1910. Venezuela se asoció con otras naciones petroleras para formar la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Aunque no muy fuerte durante la década de 1960, el embargo de petróleo de 1073 reveló que la organización era un jugador del mayor peso en la geopolítica global. El embargo también hizo que lloviesen dólares sobre Venezuela en cantidades sin precedentes y dio comienzo a un período de dramático incremento de las inversiones domésticas, gasto y crecimiento de la industria liviana y pesada, infraestructura y tecnología. La recién adquirida riqueza catapultaría al país hasta lo que sus líderes creían era el estatus del primer mundo y le permitió al país proyectarse a sí mismo como fuente de liderazgo y de ayuda económica a otras naciones latinoamericanas. En efecto, alentada por la influencia que el shock petrolero de 1973 parecía ofrecer al Sur global, la resolución NOEI de las Naciones Unidas afirmaba que “los cambios irreversibles en las relaciones de la fuerzas en el mundo necesitan de la activa, completa e igualitaria participación de los países en desarrollo”.

En menos de una década, sin embargo, Venezuela y el Sur global aprenderían que estas fuerzas eran todo menos irreversibles. La NOEI despertó una virulenta reacción tanto en la política como en los círculos académicos establecidos en el Norte global y fue considerada como muerta al nacer por oficiales de la administración de los Estados Unidos. Los Estados Unidos de inmediato se pusieron manos a la obra para minar el poder del G-77, eventualmente lanzando al G-7 como foro para discutir política económica, lejos de la revoltosa democracia de la Asamblea General. Al mismo tiempo, la dinámica de la caída de los ingresos, junto a la disponibilidad de créditos, generó una paradoja de abundancia en todo el Sur global, tal como célebremente ha señalado el científico político Terry Lynn Karl. Contratos de deuda entre los países dependientes del petróleo superaron dramáticamente los ingresos proyectados en medio del auge petrolero, lo que dejó estos contratos peligrosamente expuestos en tiempos de colapso del precio del petróleo. Para 1982, México, nadando en petrodólares y en préstamos masivos contraídos en la década de 1970, declaró el impago de su deuda luego del colapso de los precios del petróleo en 1981. La crisis global que siguió efectivamente clavó el último clavo en el ataúd del movimiento del Tercer Mundo. También dejó a las naciones del Norte global mano libre para desmantelar la industrialización del Sur y para comenzar a negociar los parámetros de lo que se convertiría en la Organización Mundial del Comercio, la antítesis exacta de NOEI.

# No se Trata del Tercermundismo de tu Querida Abuelita

Y sin embargo, la muerte del movimiento del Tercer Mundo no significó el final de la cooperación económica Sur-Sur. Al contrario, los últimos 30 años han visto un impulso en las relaciones económicas que nunca llegaron a materializarse en los años dorados de era del Tercer Mundo. Desde las décadas de los 50 de la post-Segunda Guerra hasta finales de la década de 1980, el comercio Sur-Sur representaba apenas del 5 al 10 por ciento del comercio mundial, Pero de 1990 a 2000 se incrementó a entre el 10 al 16 por ciento. Para 2005, era el 20 por ciento, y para 2013, el 32 por ciento de todo el comercio mundial era entre países del Sur. En 1950, las exportaciones del Sur al resto del mundo representaban aproximadamente el 30 por ciento de todo el comercio mundial, y para 2013 se habían incrementado al 54 por ciento. En el mismo período, la dirección de esas importaciones cambió. Para 2013, más del 58 por ciento de todas las exportaciones desde el Sur tenían como destino otros países del Sur.

El flujo financiero global Sur-Sur también se ha incrementado dramáticamente. La parte del Sur global de ingresos por inversión extranjera directa, por ejemplo, creció de menos de 30 por ciento en 1970, a más del 60 en 2013. Durante este período, el Sur también se convirtió en un inversor de importancia en otros países, incrementando su tajada en la salida de inversión extranjera directa de un tercio del uno por ciento en 1970 a algo por encima del 40 por ciento en 2013, y más del 60 por ciento de estos flujos de capital fueron a para a otros países del Sur[[1]](#footnote-0).

Dado que la vieja escuela de apoyo a las relaciones Sur-Sur provenía de economistas radicales, es sorprendente que estos hechos estén siendo apupados desde ciertos lugares, empezando por el *Wall Street Journal*, en el cual se arguye que el comercio Sur-Sur puede abrir una nueva era a la globalización, y también por la Organización Mundial del Comercio, la cual en su principal informe de 2006 invocaba de manera positiva la famosa hipótesis de Prebisch para aupar el incremento del comercio Sur-Sur de productos industriales. Todos los años, el 12 de septiembre, se celebra en la Asamblea General de las Naciones Unidas como el día de la cooperación Sur-Sur. En la fecha, se conmemora la adopción del Plan de Buenos Aires para la Promoción e Implementación de la Cooperación Técnica entre Países en Desarrollo, en Buenos Aires el 12 de septiembre de 1978.

A diferencia de Prebisch y Amin sin embargo, los economistas heterodoxos actuales no celebran acríticamente la más reciente ola de relaciones Sur-Sur. Hay varias diferencias importantes entre la de hoy y aquella era temprana de relaciones. Primero, el movimiento del Tercer Mundo, a través del Movimiento de los No Alineados, el bloque del G-77 y la Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, fue construido sobre una crítica radical de la economía global como inherentemente desigual y explotadora del Sur global. La ola de relaciones a partir de la década de 1990, sin embargo, ha tenido lugar en una era de globalización neoliberal en la que muchos países en desarrollo han abandonado el modelo de desarrollo industrial (industrialización a través de la substitución de importaciones) a favor de un crecimiento basado en las exportaciones. La marea rosa de gobiernos de izquierda en América Latina que surgió a finales de la década de 1990 despertó el desarrollo de iniciativas Sur-Sur tales como el ALBA (el acuerdo comercial cubano venezolano) y la Declaración de Cochabamba para la Unidad Latinoamericana que partían de críticas al capitalismo global. El reciente auge de relaciones Sur-Sur está, sin embargo, siendo liderado por países en desarrollo que han asumido a la economía global.

Una segunda diferencia importante entre ayer y hoy es que el importante empuje por incrementar la relaciones Sur-Sur, incluyendo los acuerdos comerciales Sur-Sur, emana de las corporaciones multinacionales interesadas en la liberalización económica del Sur y en concretar la cadena de suministros. En un mundo de decrecientes barreras arancelarias, los aranceles Norte-Norte y Norte-Sur eran uno de los últimos obstáculos para el comercio libre universal. Desmantelar las barreras Sur-Sur sirve tanto para optimizar los procesos de producción como para permitir a las corporaciones multinacionales utilizar ciertos países del Sur como plataformas de lanzamiento para exportar a sus vecinos. Esto puede ayudar a explicar el sorprendente apoyo al comercio Sur-Sur por parte de Organización Mundial del Comercio, la cual incluye entre sus principales metas la reducción de las barreas al comercio mundial.

La tercera y quizás más alarmante diferencia es el dramático nivel de desigualdad en el Sur global, particularmente en cuanto a la industrialización y el desarrollo tecnológico. Gran parte del auge del comercio Sur-Sur está concentrado en pocos países, principalmente China y otras economías asiáticas emergentes, quienes dan cuenta de la mayor proporción del comercio y de los flujos financieros. El resto del Sur global se ha quedado muy atrás. Esta situación ha hecho surgir la posibilidad de que la interacción bajo la bandera del comercio Sur-Sur puede crear tanta desigualdad como el tradicional comercio Norte-Sur, en particular de productos industriales.

# La Llegada del Dragón

El periodo desde finales de la década de 1950 a finales de la de 1970 estuvo muy lejos de ser perfecto pero, en general, fue un período de crecimiento económico importante y de incremento de la productividad, acompañados de una subida general de los indicadores de desarrollo humano relativos a la salud y educación y una pobreza decreciente. Los efectos de la crisis de la deuda y de la ola neoliberal, sin embargo, tuvieron un impacto importante en ambas regiones.

En América Latina, la tasa de pobreza subió un 8 por ciento entre 1980 y 1990, los salarios reales cayeron y la desigualdad de ingresos se agudizó dramáticamente a medida que los gobiernos recortaban el gasto público. El economista colombiano José Antonio Ocampo ha sostenido que la tasa de inversión cayó de su punto más alto en 1975-1980 y nunca llegó a recuperarse, lo que representó “un cuarto de siglo perdido” o más y no simplemente una “Década Perdida”. En el Medio Oriente, Egipto, Túnez, Sudán, Marruecos y Jordania todos recurrieron al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional (FMI) en los 80, seguidos por varios países más. La caída de los precios del petróleo a mediados de la década de 1980 significó que la usual zona de protección con la que contaban las economías petroleras primarias y secundarias desapareció y las tasas de crecimiento para toda la región se aproximaron a cero. La privatización de las empresas del estado se convirtió en una prioridad durante este período para reducir el tamaño del sector público “menos eficiente” y más de 271 empresas estatales fueron privatizadas en siete países durante este período[[2]](#footnote-1).

Los países del Medio Oriente no desmantelaron por completo sus estados de bienestar ni sus grandes sectores públicos y algunos países del Norte de África incrementaron sus exportaciones de manufacturas luego de la firma de tratados de comercio con la Unión Europea. Aun así, ninguno de estos países llegó a ser una potencia industrial y sus éxitos fueron escasos. Así mismo, la marea rosa de América Latina vio gobiernos de izquierda que llegaron al poder al final de la década de 1990 sobre la ola de movilización popular contra el neoliberalismo. A pesar de que los gobiernos han seguido políticas diferentes, muchos expandieron sus programas sociales y las oportunidades educativas, y por lo general intentaron labrarse más autonomía de las instituciones multinacionales como el FMI. En algunos casos, como el de Brasil, estos esfuerzos resultaron en una impresionante reducción de la pobreza y la desigualdad. Sin embargo, ninguno de los países Latinoamericanos seriamente relanzó políticas industriales o fue capaz de expandir su base manufacturera.

El incremento global de los precios del petróleo y de las materias primas mediados de la década de 2000 fue por lo tanto una ventaja a medias para ambas regiones. Permitió a los gobiernos atender a las demandas sociales sin ocuparse seriamente de los desequilibrios económicos en las que estas se basaban. El auge meteórico de China a nivel global, particularmente después de su entrada en la OMC en 2001, intensificó las relaciones entre ese país de acelerada industrialización y el resto del Sur global. El movimiento del Tercer Mundo estuvo dominado por líderes como Nasser de Egipto, Tito de Yugoslavia y Nehru de la India. En la época de Bandung, China intentaba ganar un punto de apoyo en los asuntos africanos y asiáticos para escapar del aislamiento internacional impuesto por Estados Unidos y la Unión Soviética. Su nivel de industrialización había quedado muy atrás respecto a países como Brasil y Argentina. Hoy la economía China no tiene rivales en el Sur globales y las cosas han cambiado significativamente.

A pesar de las posibilidades de fuentes alternativas de finanzas, comercio y tecnologías, posibilitadas por la presencia de China, los patrones de comercio de ambas regiones ese país son altamente desiguales. Por ejemplo, en 2012 el 74 por ciento de las exportaciones de Argentina y el 61 por ciento de las de Chile a China fueron de productos básicos no manufacturados o de materias primas. Junto a la manufactura intensiva de recursos naturales (productos de baja tecnología principalmente desarrollados a partir del procesamiento de materias primas), los bienes primarios representaron el 92,6 por ciento de las exportaciones de Argentina a China, y el 99,5 de las chilenas. Incluso en el caso de los países más exitosos en la industrialización, como Brasil, el futuro luce oscuro: en 2012 el 92 por ciento de las exportaciones de Brasil a China fueron productos primarios o manufacturas intensivas de recursos naturales. De manera similar, más del 76 por ciento de las importaciones chinas desde Medio Oriente fueron productos primarios o manufacturas intensivas de recursos naturales, mientras que el 70 de sus exportaciones a la región fueron manufacturas relativamente sofisticadas o de alta tecnología. El auge de China no solo ha resultado en una desigual relación entre las dos regiones, su ingreso a la OMC de hecho ha ayudado a desplazar exportaciones industriales de América Latina y el Medio Oriente a terceras regiones debido a la mayor calidad o menos precio de las exportaciones chinas.

# ¿Mientras Más Cosas Cambien?

Y sin embargo, es difícil tomar demasiado en serio las recientes advertencias del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Rex Tillerson, sobre el “imperialismo” chino en América Latina[[3]](#footnote-2). Esto no quiere decir que la creciente influencia de China deba quedar más allá del escrutinio, de hecho la relación despiertas serias dudas sobre su igualdad, el refuerzo de la economía basada en la extracción de recursos, la transparencia financiera y otros asuntos. Las advertencias de Tillerson parecen vacías porque revelan cuán poco ha cambiado en el comercio y las finanzas internacionales. Aunque ciertamente las relaciones Sur-Sur han evolucionado desde los días de Bandung, del Movimiento de los No Alineados y de NOEI, lo que se mantiene constante es la hegemonía de Estados Unidos como configuración predeterminada entre círculos académicos y populares del Norte global, mientras que las relaciones internacionales alternativas son juzgadas contra los más altos ideales. De la misma manera en la que alguna vez académicos y políticos en Estados Unidos y Europa denunciaron el “neutralismo” de los no alineados como ingenuo o siniestro o cada vez más, en palabras del Presidente Donald Trump, como un asalto a los Estados Unidos mismos.

En regiones que por largo tiempo han estado envueltas en la red euroamericana de influencia y poder, la llegada del contrapeso chino al menos ofrece una oportunidad para contraponer en la balanza diferentes intereses, por supuesto, con la cautela a la que invita décadas de experiencia navegando y resistiendo diseños imperiales y neoimperiales. Después de todo, China no creó el sistema monetario Bretton Woods ni tampoco, al menos aún, ha diseñado e impuesto políticas de ajuste estructural ruinosas como las del llamado “Consenso de Washington” a través del banco Mundial y del FMI. Tampoco China se ha mostrado (aún) interesada en derrocar gobiernos en América Latina, tal como lo hicieron los Estados Unidos al apoyar la salida del Presidente de Honduras Manuel Zelaya en 2009, o del Presidente de Paraguay Fernando Lugo en 2012, o de la Presidenta de Brasil Dilma Rousseff en 2016.

Incluso las acusaciones de préstamos “irresponsables” por parte de China a países como Venezuela, o quejas de que los apoyos chinos en efectivo también vienen atados a condiciones parecidas a las del Banco Mundial, no se sostienen ante un escrutinio cuidadoso. El Departamento de Ambiente y Desarrollo (GDAE) de la Universidad Tufts[[4]](#footnote-3) ha hallado que los préstamos chinos están atados a la compra de equipamiento chino, pero no a cambios en políticas gubernamentales. El cargo de que China está comprando influencias despilfarrando en gastos en efectivo tampoco se sostiene ante un examen cuidadoso. El mismo estudio halló que de hecho los receptores de préstamo latinoamericanos por lo general pagan una prima sobre las tasas internacionales por los préstamos chinos. Pero en cambio, la disponibilidad de fondos chinos significa que América Latina puede “obtener más financiamiento para infraestructura y proyectos industriales para el desarrollo a largo plazo”[[5]](#footnote-4), es decir, para sus prioridades, en vez de para las prioridades que emanan de Occidente.

Seguramente las acusaciones de corrupción y mal manejo de los fondos chinos en todo el hemisferio despiertan serias dudas sobre su transparencia y legalidad. Estos son asuntos muy serios, al igual que los desequilibrios financieros y comerciales, los cuales revelan déficits estructurales y retos a largo plazo para los gobiernos más que nuevas ambiciones imperialistas. El Sur global necesitará enfrentar estos problemas, y deberá hacerlo rápidamente si quiere transformar los esfuerzos de cooperación aún incipientes en cambios duraderos de la geopolítica global. Por ahora, lo que queda claro es que el auge de China y de otras economías del Sur, y su papel activo en la OMC y en otros foros globales está perturbando la supremacía de los Estados Unidos, la Unión Europea, Canadá y Japón y ha creado posibilidades notables para el desarrollo humanos que no existían en las décadas de 1980 y 1990. Cada vez más, el futuro del Sur global está en sus propias manos.

1. Omar S. Dahi y Firat Demir, *South-South Trade and Finance In the Twenty-First Century: Rise of the South or a Second Great Divergence* (London: Anthem Press, 2016). [↑](#footnote-ref-0)
2. Adam Hanieh, *Lineages of Revolt: Issues of Contemporary Capitalism in the Middle East* (Haymarket Books, 2013), p. 49. [↑](#footnote-ref-1)
3. Robbie Gramer, Keith Johnson, “Tillerson Praises Monroe Doctrine, Warns Latin America of ‘Imperial’ Chinese Ambitions,” *Foreign Policy*, 2 de febrero de 2018. [↑](#footnote-ref-2)
4. Kevin P. Gallagher, Amos Irwin, y Katherine Koleski, “The New Banks in Town:

Chinese Finance in Latin America,” Informe del Departamento de Ambiente y Desarrollo de la Universidad Tufts, febrero de 2012. [↑](#footnote-ref-3)
5. Ibid, p. 2. [↑](#footnote-ref-4)